

nada parece más fácil y agradable que entregarse á la corriente de las pasiones ; nada tan difícil y penoso como refrenar los apetitos ; pero ¡ qué de crueles sinsabores acarrea el vicio ! ¡ qué de puros gozes proporciona la práctica de la virtud ! ¿ Será menester, amados oyentes, que os describa minuciosamente las humillaciones del soberbio, las angustias del avaro, los padecimientos del lujurioso, y los innumerables peligros y desgracias que afligen á los malos ? ¿ Qué no costó á Catilina, á Mario, á Sila, á Cromwell el inicuo proyecto de subyugar á su patria ? ¿ Qué no costó á Eliogábalo, á Mesalina, á Vitelio su desenfrenada sensualidad ? ¿ Qué no costó á Aman, á Acab, á Atila, el cruel empeño de oprimir á los inocentes ? ¿ Qué no le cuesta, en fin, al disoluto mundano el goce de sus criminales placeres ? Tristeza, llanto, ruina, desesperacion y muerte horrenda ; ved aquí los frutos que el vicioso reporta de sus vicios.

Por el contrario, el hombre verdaderamente virtuoso está á cubierto de toda adversidad. Ni le seduce el vicio, ni le avasallan las pasiones, ni le abate la adversidad, sinó que alegre en sus horas de sosiego, fuerte y animoso en los trabajos, seguro en medio de los peligros, vive en paz con Dios, consigo mismo y con sus semejantes. Tenemos una prueba patente de esto en los mártires, las vírgenes, los anacoretas y los santos todos, á quienes su misma santidad dió consuelo y alegría en medio de los mayores contratiempos y aflicciones. De ahí aquel axioma adoptado por los sábios, y certísimo, á lo ménos bajo cierto aspecto, de que « la virtud y el vicio, aún en la presente vida, son respectivamente el premio y el castigo de sí mismos : *Virtus sibi ipsi præmium, vitiumque supplicium.* »

¡ Oh vosotros los que deseais evitar la desgracia y alcanzar la felicidad ! en vuestras manos teneis los medios de conseguir vuestro intento. No es la impiedad, ni la injusticia, ni el pecado lo que ha de proporcionaros la verdadera dicha, sinó la honestidad, la inocencia y la virtud. No olvideis que ni el amor deshonesto conduce á un buen matrimonio, ni el fraude á la prosperidad de los negocios, ni la astucia y el engaño al aprecio de nuestros semejantes ; mas tened presente que todo nuestro bien se cifra en la justicia, en la honestidad y en el santo temor de Dios. Humillaos, pues, bajo el brazo de Dios ; no fundeis vuestras esperanzas en la iniquidad ; sufrid con paciencia las adversidades ; respetad los juicios y la voluntad del Altísimo ; seguid constantemente la senda de la virtud, y sereis dichosos en la tierra y eternamente dichosos en el cielo. *Fiat, fiat.*

VIDA.

(INCONSTANCIA Y BREVEDAD DE LA)

Filia mea modò defuncta est.

Una hija mia está á punto de morir.

(MATTH. IX, 18.)

Nos dice el Evangelio, amados fieles míos, que estaba Jesucristo nuestro Señor dando saludables documentos á los fariseos y á los discípulos de S. Juan Bautista, cuando llegó un príncipe de la Sinagoga, llamado Jairo, y postrándose á los piés del Señor, le rogó, más con lágrimas que con voces, se dignase ir á su casa á resucitar á una hija suya de doce años, que suponía ya difunta, pues al salir de su casa la habia ya dejado en las agonías de la muerte.

Deseoso Cristo de consolarle, se puso inmediatamente en camino, y acompañado de sus discípulos y de otra mucha gente, iba siguiendo al príncipe Jairo, á cuya sazón le salió al encuentro una mujer, llamada la Hemorroísa, por la enfermedad que padecía de flujo de sangre, hacia ya doce años, sin esperanza de remedio. Esta pues, movida de una gran fe, llegó á persuadirse que sin duda quedaria sana de su achaque, si pudiera tener la dicha de tocar la fimbria ó extremidad de la túnica del Redentor ; y queriendo poner en ejecucion sus deseos, llegó disimuladamente por detrás, ya sobrecogida del empacho que le causaba su enfermedad, ó ya temerosa de que como inmunda, no le permitiese la turba ir en su compañía, segun la ley ; cuando hé aquí que habiendo llegado á tocarla con mucho disimulo, de repente quedó sana. ¡ Oh prodigio de la omnipotencia de nuestro Dios !

Conoció Jesucristo, como quien penetra y sabe hasta el más oculto pensamiento, que le habian tocado el vestido por detrás, y con semblante sério dijo : ¿ Quién me ha tocado mi vestido ? Negáronlo todos ; pero S. Pedro, admirado de aquel reparo, pues ignoraba la causa porque el Señor lo preguntaba, le respondió : Maestro soberano, las turbas te siguen, te comprimen, y aún te afligen, y dices : ¿ Quién me ha tocado ? No hablo de este modo de tocarme, le dijo Cristo, sinó de alguno que me ha tocado á propósito, pues yo he sentido salir de

mi cierta virtud milagrosa, y quiero que se publique para gloria de Dios.

Entonces la pobre mujer, viendo que no ignoraba Jesucristo lo que habia ella ejecutado en secreto, toda temblando y llena de miedo, se postró á los piés del Señor, y manifestándole, aunque con vergüenza, su enfermedad penosa, le declaró igualmente todo el suceso. Viendo Jesucristo una confesion tan humilde y un respeto tan profundo, todo cariñoso y lleno de amor, le dijo: Confía, hija, tén buen ánimo, y está ciertamente persuadida de que tu salud ha de ser estable y firme, en pago y premio de que lo ha sido tu fe. ¡Oh fe viva, y á cuánto llega tu poder!

Obrado este prodigio, prosiguió Jesucristo su viaje á casa del príncipe Jairo: llegó á ella, y viendo á unos llorando por la muerte de la niña, á otros lamentándose amargamente, y á otros tocando roncacas y lamentables trompetas, segun costumbre de los judíos, les dijo: apartad de aquí tan funesto aparato, porque no está muerta la muchacha, como vosotros pensais, sinó que está durmiendo.

Llamó Cristo sueño á la muerte, porque por tal se tiene la muerte de los justos, y porque tan fácil es á Dios resucitar á un muerto, como á nosotros el despertar á un dormido; pero los circunstantes que no entendian el misterio, se echaron á reír, aunque prontamente vieron el desengaño. Mandó el Señor despejar la pieza donde estaba la difunta de todo el concurso de gente; entró en ella con el padre y la madre de la niña, y con sus tres discípulos Pedro, Juan y Diego, y tomando la mano á la muchacha, le dijo: Ea, levántate, que te lo manda tu Criador, y al punto se levantó, y para mayor prueba de su resurreccion empezó á caminar, y aún se puso á comer: con lo que todos quedaron pasmados, y sin poder reservar en su pecho tan gran maravilla, la publicaron de forma que vino á extenderse por toda la tierra de Galilea.

Esta es, fieles míos, la letra del Evangelio; y casi con su narracion sencilla me hallo introducido en mi asunto. Tenemos á la vista, como habeis oido, una niña de doce años, y sin embargo de su corta edad la vemos hecha cadáver. ¡Oh, qué desengaño! ¡Oh, qué freno para los mortales! A consecuencia de esto vengo á proponeros lo mismo que vosotros sabeis, que es la brevedad, fragilidad é inconstancia de nuestra vida: el asunto es bien sabido; pero muy mal reflexionado. Quiera la bondad de Dios, que con la eficacia de su palabra pueda yo estamparlo en vuestros pechos de tal manera, que no se aparte de vuestra memoria en todo lo que os reste de vida. Imploramos á este fin el auxilio de la divina gracia, diciendo: A. M.

1. A tanto llega la ceguedad de los hombres, que creyendo todos que han de morir, siempre miran la muerte muy distante; los jóvenes y los viejos, los robustos ó de complexion tan favorable, que no padecen achaque alguno, y los enfermos y achacosos corren iguales en esta parte. La causa es, porque no hay cosa alguna que más fuertemente nos aparte del pecado, que la consideracion de la muerte; y como el demonio interesa tanto en nuestra perdicion, procura borrarla de nuestra memoria, y persuadirnos por varios medios, no como á nuestros primeros padres, que no hemos de morir, pues la experiencia enseña lo contrario, sinó que la muerte está muy distante. A los jóvenes, fuertes y sanos los engaña con su misma robustez ó con su edad tierna; á los ancianos, figurándoles que aún les resta algun año más de vida, pues no hay viejo, por viejo que sea, que no se prometa vivir un año más: aún á los enfermos los engaña con la falsa confianza de que los médicos con sus medicinas les restituirán á su antigua salud; de lo cual resulta, lo cual seducido el pobre hombre por su enemigo infernal, llega falsamente á prometerse vivir, no solo dias y meses, sinó tambien muchos años, y aún á disponer de su vida como si fuese dueño de ella.

Mas, ¡oh locura de los hombres! jóvenes y viejos, robustos y achacosos, sabed, que habeis de morir bien presto, pues por larga que sea vuestra vida, siempre ha de ser muy corta. ¿Sabeis cuánto? El profeta Isaías la compara con el heno y con la flor del campo; el santo Job dice, que es un viento ligero que pasa con la mayor velocidad; el apóstol Santiago asegura que es un pequeño vapor, que no hace más que ponerse á la vista un instante y desaparecer inmediatamente; pero oigamos al gran padre de la Iglesia S. Agustin.

Pregunta el santo doctor (Aug. xiii, de Civ. 9 et 10), cual sea el tiempo en que propia y verdaderamente se dice que muere el hombre; y si el punto se considera, como es debido, será dificultoso hallar la verdad, porque vive el hombre, ó no vive, pues no hay medio entre uno y otro; mientras vive, no muere; porque morir y vivir son dos cosas contrarias, y en el tiempo que no vive, no muere, sinó que está ya muerto. ¿Cuál pues será el tiempo en que muere?

Pregunta igualmente si puede un hombre vivir y morir á un tiempo mismo; lo cual parece imposible, porque no ménos contrariedad incluye vivir y morir, que ver y ser ciego: es imposible que uno tenga vista y sea ciego á un mismo tiempo; luego tambien el vivir y morir.

Trata estas cuestiones con mucha elegancia el santo doctor, alegando los fundamentos por una y otra parte, y responde suponiendo,

que sin duda se debe decir, que muere el hombre cuando vive, y que el tiempo de morir es el mismo tiempo que está destinado para vivir, y lo demuestra con razones muy poderosas. Lo primero, porque la muerte no es otra cosa que la consunción de la vida; lo cual se verifica todo el tiempo que vive el hombre, pues en todo él se va por instantes consumiendo, y cuanto más se vive, más se consume; de donde resulta, por consiguiente, que todo aquel tiempo muere.

Aún más; nadie puede quitar cosa la más leve á la vida sinó la muerte: desde el mismo principio de la vida encuentra la muerte que quitar, y efectivamente lo quita; luego desde el mismo primer sér empieza el hombre á morir: de lo cual infiere S. Agustin, que el tiempo de morir es todo el tiempo que se vive. Esto se convence con un ejemplar palpable y muy común.

¿Cuándo diremos que se acaba una candela? Antes de encenderse de ningun modo, porque aún no se ha empezado; despues que el fuego la consumió, tampoco, porque entónces ya no se acaba, sinó, que está acabada: siguese pues por consecuencia legitima, que se acaba cuando empieza á arder, y que en el mismo hecho de encenderse, empieza tambien á consumirse, de modo que con toda propiedad puede decirse, que entónces se consume ó muere, cuando vive.

Con otro simil prodigioso explicó el Sábio esta verdad. Todo hombre, dice, se envejece como el heno (Eccli. xiv, 18). En el texto griego, dice, que se envejece como el vestido; y á la verdad que esto es más propio, y aún así se explica el real profeta David en el Salmo 101, pues despues de confesar que se le pasaron los dias de su vida como un humo, como una sombra, y que llegó á secarse como el heno, concluye diciendo, que solo Dios es inmutable, pero que todos los demás, hasta los mismos cielos, se envejecen como el vestido. ¿Cuándo pues se envejece un vestido? En el mismo hecho que se pone; entónces mismo es cuando empieza á envejecerse, porque desde entónces empieza á maltratarse, hasta que poco á poco llega por último á hacerse pedazos. ¿No es así? Ved pues aquí lo que pasa con nuestra vida; desde el mismo instante que tu alma se vistió del cuerpo caduco; desde el mismo instante que tuviste el primer sér en el vientre de tu madre, empezaste á dar pasos insensibles hácia la vejez, quiero decir, hácia la muerte.

Ahora entenderéis aquella sentencia del Sábio, que al enseñar que todas las cosas tienen su tiempo, solo dice, que hay tiempo de nacer y tiempo de morir (Eccl. iii, 2). Parece que habla diminutivamente, porque no señala todos los tiempos del hombre, pues entre el nacer y morir resta el tiempo de la vida. Pero ¡ay! que habla como propia-

mente sábio, porque el principio de la vida es principio de la muerte, sin que sea posible que crezca nuestra edad, sin que al mismo tiempo se disminuya, pues no hay medio entre nacer y morir, sinó que desde el mismo instante que se tiene el primer sér en el vientre de la madre, empieza inmediatamente la muerte.

Siendo pues esto cierto, como lo es, ¿quién no conoce que no es más la vida del hombre que un instante que va corriendo? Si, cristiano mio; un punto, un instante, un momento solo vives. Es demostracion, que sin luz de fé conocieron aún los mismos gentiles; y no lo extrañéis, porque sin salir de sí mismo, tiene el hombre dentro de sí quien le acuerde, aunque no quiera, esta verdad. Repare sinó cada uno en las edades de su vida, y lo verá prácticamente: si es anciano, ya pasó la edad viril; si aún se halla en esa edad, ya pasó la juventud; si está en la juventud, ya pasó y murió la niñez; y aún en la niñez ya pasó la infancia, que murió; pero sea la edad que fuere, preguntese el cristiano á sí mismo: ¿vivo yo el tiempo del año precedente? Ya se vé que nó, porque ese año pasó ya. ¿Vivo los dias del mes pasado? Tampoco, porque ese mes ya pasó. ¿Vivo este mes? ¡Oh! cuántos lo empezaron á vivir, que ya no viven! ¿Vivo la hora presente? Ni aún esto vivo, porque ya no vivo los minutos pasados. ¿Vivo el tiempo venidero? Mucho ménos, porque puede ser que no llegue. Pues ¿qué vivo? Solo este presente y fugitivo instante; esta es tu vida, católico, un instante, que empuja sin detenerse al otro instante, como la ola del mar á la otra ola.

Dime pues ahora, pecador; no siendo, como no es, tu vida más que un instante, y pudiendo ser que no tengas otro. ¿qué ceguedad es la tuya en dejar pasar un instante y otro instante sin pelear varonilmente contra las pasiones y culpas? ¿Cómo respiras en culpa mortal, y aún añades pecados á pecados, pudiendo ser que sea está la última respiracion? ¿Cómo te atreves á dar pasos hácia la venganza y torpeza, hácia las blasfemias y juramentos, si es factible que el primero sea tu último paso? *Nunc*, cristiano mio, ahora es menester disponerte, porque no hay más punto seguro que esté ahora; este *nunc*, este ahora, este instante te dá la misericordia de Dios, sin asegurarte otro; pues ¿qué haces, si deseas tu salvacion? ¿Cómo lo dejas pasar sin disponerte con manifesto riesgo de condenarte? Abre los ojos, pecador, ántes que te los abra el escarmiento; un instante, un momento es tu vida, y, por consiguiente, este instante, este momento es el que debes aprovechar, porque no sabes si tendrás otro, como ahora lo verás.

2. Si ya que es breve nuestra vida, tuviese alguna firmeza, aunque siempre es culpable el vivir mal, pudiera tener algun color de

excusa el pecador; pero es, fieles míos, tan inconstante y frágil esta brevedad momentánea de la vida, que con más razón debe llamarse una prolija muerte: cuanto más crece el heno, más se acerca á su fin, y cuanto más vive el hombre, vive ménos, porque por momentos se vá muriendo y acercando al último momento de la muerte. A esto mismo atendia el santo Job (JOB. XIV, 2), cuando no solo consideraba breve la vida del hombre, sinó una vida que corre, una vida que huye; ¿quién pues quiere llamar vida á la que se compone de tantas muertes? ¿Cómo hemos de llamar vida á una vida, que toda está llena de falacia, toda está llena de tristezas, toda está llena de flaquezas, ni es más que una triste sombra y una continuada mentira? ¿Cómo hemos de llamar vida á una vida en que es otro el hombre por instantes, porque cada momento es otra la vida con que vive? Aún en las acciones mismas hallamos este desengaño, pues vemos que el hombre, ya está triste, ya está gozoso y alegre; ya desea vivir mucho, ya desea acabar con todo; ya encuentra con honras, favores, lisonjas, oficios y haciendas; ya tropieza con ódios, infamias, pesadumbres, hurtos y homicidios. Ved pues si con razón puede llamarse, no vida, sinó prolongada muerte; pero aún vedlo más claro en la Escritura sagrada.

Como correo de posta, dijo el Sabio (SAP. V, 9), que corre nuestra vida; y el santo Job añade, que anda como la nave (JOB, IX, 26). ¿Sabéis por qué? Notad la diferencia que hay de un correo á un navegante; el correo camina con cuidado y apresuracion, pero se detiene algunos ratos para comer y dormir; más el que navega, que coma, que duerma, que se siente, que esté en pié, como quiera que esté, siempre camina; por eso dijo el santo Job, que anda nuestra vida como la nave, porque el hombre, ya comiendo, ya durmiendo, ya sentado, ya en pié, no pára sino que navega y camina por momentos fugitivos á la muerte. Repara en esto, cristiano, que te vas muriendo por instantes; ¿quién podrá detener el impetuoso curso de tu vida? Vea la salud más robusta, la edad más tierna, la hermosura más peregrina, la nobleza más acendrada, el poder y la riqueza mayor, si hay medio, industria ó modo para detener esta nave; pero no lo hay, cristiano, todo es caminar, todo es morir; las edades se renuevan, la figura de este mundo pasa sin cesar; los muertos y los vivos se suceden y reemplazan continuamente; nada permanece, todo se muda, todo se destruye, todo se acaba, todo es morir.

Ahora bien, católico; si la vida del hombre no es más que una continuada muerte, ¿de qué te puede servir toda la opulencia del mundo, toda su pompa y toda su gloria? Cuando efectivamente llegue le

último suspiro, ¿de qué te servirá entónces el haber obtenido los mayores puestos, las honras más eminentes y las dignidades más distinguidas? ¿De qué las galas y vanos adornos, en que idolatras; los bailes y comedias, por que suspiras; las músicas y diversiones, que te tienen embelesado; en fin, de qué todas las conveniencias, gustos y recreos del mundo? De nada más que de cruel tormento, y acaso, acaso de tu eterna condenacion. Pues si no hay momento en que no pueda llegar este golpe, y entónces quisieras haber tenido vida muy distinta, ¿qué ceguedad es la tuya en vivir como ahora vives, siendo así que puede ser esta la última respiracion? ¿En qué te fias, cuando tú mismo conoces la inestabilidad é inconstancia de tu vida? ¿Hay ni siquiera un instante de seguridad en que puedas poner tu confianza? Pero ¿qué ha de haber? Por instantes se va acabando, y muchas veces aún en aquello mismo que se gradúa por medio para conservarla, experimenta su fin. Todo es riesgo, todo es peligro de morir; ¿á dónde irá el hombre que no tropiece con este peligro? ¿á dónde podrá ir en que no halle riesgos de su fragilidad? Frágil es el vidrio, mas si lo guardan con vigilancia, se conserva sin quebrarse; pero venga el hombre que más cuide de su salud; ¿podrá librarse de todos estos peligros de perder la vida? Ya se ve que nó, porque aún es más frágil que el vidrio.

¡Ea, vividores del mundo, los que cuidais vigilantemente de la salud de vuestros cuerpos con el regalo y delicadeza; los que huyendo del frio y del calor ni aún asistís á los santos ejercicios, por no salir de casa y conservar vuestra vida; en una palabra, los que procurais guardaros de todos los achaques! sabed que no hay remedio contra los decretos de Dios; sabed que hay enfermedades contra vuestro cuidado de vivir, y que ese mismo cuidado se os convertirá muchas veces en enfermedad, como la experiencia nos lo enseña, pues vemos morir á quien estaba bueno, porque se curó en salud por estar mejor. Acuérdate, cristiano, de tantas muertes repentinas, como en tu tiempo has oido y acaso visto. El otro y la otra, quizá tu vecina ó tu parienta, que parecia, como suele decirse, que vendian salud, en un instante desaparecieron, y primero se supo su muerte que su achaque; y ¿cuántos, sin que se supiese el achaque de que murieron? ¿y cuántos, cuando ménos lo pensaban? Entra en aquel palacio del rey sacrilego Baltasar; mira su opulencia, su fausto y su majestad: mirale en un salon con un majestuoso banquete. ¡Qué abundancia de servicios! ¡qué puntualidad en los sirvientes! ¡qué brindis! ¡qué aplausos! Todo es grandeza y soberanía, todo es alegría, fiesta y regocijo; pero levanta los ojos y verás una mano escribiendo en la pa-

red una mano, que sin saberse por dónde entró, está escribiendo la sentencia de muerte contra el mismo Baltasar. ¿Quién se lo diría? lo cierto es que no pensaba en ello.

Pues ¿qué sabes, pecador, si contigo sucederá lo mismo? ¿Qué sabes, si en aquella hora que guardas para tus deleites, para tus recreos y diversiones, escribirá la invisible mano de Dios en la pared de tu corazón la sentencia de tu repentina muerte? ¿Qué sabes si lo hará, usando de su altísima providencia, en esta misma hora en que me oyes? No hay duda en que puede ser. Pues ¿qué haces que no recoges hácia este punto todas tus atenciones? Mira que ahí mismo, donde estás ahora, puedes quedarte muerto sin poder decir Jesús. Puede ser que esa gala, ese vestido con que ostentas tu vanidad, solicitando acaso la ruina de las almas, sea dentro de un cuarto de hora, ó en el espacio de un instante, paño de tumba para tu cuerpo muerto; ¿cómo pues no te confundes? ¡Posible, y no das un paso para corregir tus desórdenes! ¡Ay Dios, y qué locura! La misma inestabilidad de nuestra vida, debería obligarnos á vivir con tanto cuidado, que jamás hubiese hora en que la muerte nos hallase desprevenidos; pero ¿qué sucede? ¡Oh dolor el más funesto! tan léjos están los mundanos de querer pensar en su miseria y en la velocidad de la muerte, que ántes huyen de todo lo que les pudiera obligar á pensar en ella. Esta vista, que les haría sin remedio abrazar la santidad y aborrecer las cosas del siglo, solo sirve comunmente para inquietarlos, para desconsolarlos, para hacerles perder el ánimo, y á veces aún para irritarlos, si les hablan, aunque sea muy ligeramente, de tan importante verdad, ó les dan la menor luz del peligro en que se hallan.

Pero ¡ay, fieles míos! penseis ó no penseis en la muerte, ella va llegando por instantes. Cada esfuerzo que haceis para separar de vosotros su memoria, se viene acercando más, y sin remedio ha de llegar á la hora señalada. Pues ¿qué adelantais con apartarla del pensamiento? No minorais el peligro, sinó que lo aumentais, y el golpe es inevitable. Si pensaseis con más frecuencia en la muerte, vuestro espíritu flaco y tímido se acostumbraría insensiblemente á su memoria; poco á poco iriais fijando en ella vuestra vista, y la mirariais sin horror, ó á lo ménos con resignacion humilde: no perderiais el juicio por eso, como soleis decir, sinó que lo aumentaríais, porque mirariais al mundo como un destierro, á los deleites como una feísima embriaguez, al pecado como la mayor de las desgracias, á los puestos, á los honores, al favor y á la fortuna como sueños, y á la salvacion como el único y más importante negocio. Hablen sinó tantas almas justas, que acompañan todas sus acciones con la memoria de

la muerte, como freno el más poderoso para reprimir sus pasiones; hablen tantos ilustres penitentes, que se encierran en los claustros, para no perder de vista este desengaño tan importante; hablen finalmente los santos, que morían todos los dias para no morir eternamente.

Pues, católicos oyentes, ¿qué resolucion es la vuestra? El pensamiento de la muerte, que hace tanto eco en vuestra imaginacion para horrorizaros, es una gracia especial que Dios usa con vosotros. Se puede asegurar con mucha verosimilitud, que es el camino por donde quiere llevaros á su reino. ¿Por qué pues os privais del único socorro que puede facilitar vuestra conversion? ¿Por qué inutilizais una gracia tan especial, por decirlo así, de que Dios nuestro Señor os favorezca con ella?

Fieles de mi corazón, aprovechaos de tan saludables temores, miéntras el Señor os los concede, porque este es el medio más poderoso para turbar la falsa paz y arreglar vuestra conducta: esto es lo que os importa, pues á la verdad, estar un instante sin esta disposicion y vigilancia cristiana, es obrar contra todos los principios y contra todas las luces de la razon, porque es aventurar la eternidad á un instante. Bien sé que obrando así, os parecerá que llevais una vida triste: vengo en que lo sea, aunque tambien os lo podría negar; pero ¡ay, fieles míos! á esa vida triste se sigue una muerte llena de consuelo, y, sobre todo, una muerte de un predestinado; y una muerte santa vale tanto, que no podemos apreciarla bastantemente, ni es cara, por elevado que sea el precio á que se compre.

Decidme sinó por vuestra vida, ¿qué no daríais en aquella hora de las verdades por tener el consuelo, la disposicion, el sosiego, la paz y alegría interior de una alma justa? ¿Os parecería mal entónces su vida triste? ¡Ay, Dios mio, y cuán al contrario! Entónces piensan los hombres de distinto modo que ahora, aunque las más veces sin remedio; entónces sí que se ve con la luz de la candela, que solo es vivir el vivir en este mundo, como si no se viviera; entónces sí que se conoce, que los gustos, los recreos, las músicas, los pasatiempos, las honras y dignidades, en fin, todo lo que nos embelesa en este mundo, no es más que una representacion que, cuando nos tiene más divertidos, se retira, cuando más nos embelesa, se acaba.

¿Pues qué ceguedad es la vuestra? ¿que conociendo estas verdades no penseis en aprender á morir! Que sabiendo ha de llegar aquel dia último de todos vuestros dias, en que todo se ha de acabar, ¡así vivais, como si hubierais de ser eternos en el mundo! Más que locura es esta; y así no sé cómo nombrarla. Pues, alma cristiana, alma se-

llada con la imagen de todo un Dios, que borraste; alma rescatada con la sangre de Jesucristo, que tan insolentemente has pisado; alma lavada con la gracia de la regeneracion, que tantas veces has manchado; alma ilustrada con las luces de la fe, que con tanto vilipendio has despreciado; alma, en fin, llena de todas las misericordias del cielo, que tan indignamente has profanado; forzosamente has de llegar á este dia de que tanto huyes, y que no quieres tener en tu memoria. Pues; á qué aguardas para disponerte, si no hay momento seguro? ¿Cómo no abres ya los ojos á vista del desengaño? Ya quedas convencida de la inestabilidad de la vida, que para tu bien te recuerda Jesucristo en el Evangelio; ya quedas desengañada de que es tu vida breve, momentánea, inconstante y frágil, cercada de riesgos de perderla; ¿hasta cuándo pues, has de vivir perdida, ciega y obstinada? ¿Es posible que siendo tan breve la vida, solo el pecar ha de tener duracion? ¿Es posible que siendo tan inconstante, solo ha de ser constante el vivir mal, y sin hacer caso de la cruz, de la mortificacion y penitencia? ¿Es posible que siendo tan frágil, solo el ofender á Dios ha de ser tan firme, como si no hubiera peligro? ¿Dónde cabe tal desvario? ¿Dónde sinó en un corazon obstinado, en quien no hacen mella los desengaños? ¿Que pendiendo de un hilo tu vida, tengas valor para buscar los recreos del mundo, y mucho más para estar en culpa mortal ni aún solo un instante! ¿Quién no se asombra? ¿quién no se estremece? Pecador, pecadora, que me oyes, ¡ay de tí, si desde este mismo punto no te resuelves á entablar una vida muy distinta! ¡Ay de tí, si no dejas y lloras inmediatamente las blasfemias y juramentos, los odios y las venganzas, las torpezas y desenvolturas! ¡Ay de tí, pues justamente puedes temer, que Dios te acorte la vida, y que te precipite ahora mismo á lo profundo del abismo! ¿Pues á qué aguardas? vuelvo á repetir. ¿Cómo no te caes muerto al considerar, que te puede suceder tragedia tan lastimosa?

Baste ya de culpas, baste ya de pecados; escarmienta en cabeza ajena, que no ha sido casualidad el predicar sobre este importantísimo punto, ni tampoco el que tú lo hayas oido: mira que es muy posible que no pase tu vida de esta noche; ¿pero qué te digo de esta noche? Mira, que es muy posible que no pase de este instante; ¿seriás acaso el primer pecador arrebatado de repente y en medio de sus deplorables pasiones? Oh, cuántos podria referir, que murieron de esta suerte! ¿Cómo pues no son fuentes tus ojos, viendo un riesgo tan inminente? ¿Cómo no tiemblas y te estremeces al considerar, que en este instante y momento puedes pasar nada ménos que á las eternas llamas?

Aprovecha, pecador, esta ocasion, que te franquea la piedad de Jesucristo: no la mereces, segun lo estragado de tu vida, no hay duda en ello; pero tal es su bondad, que aún no se ha cansado de sufrirte; aún te aguarda compasivo, si con verdad te arrepientes. Llega pues, cristiano mio, á sus piés sacratísimos con el más profundo sentimiento; llega con fe viva, como el príncipe del Evangelio, si quieres hallar consuelo. Con este fin te ha conservado piadosamente la vida; y aún acaso, acaso te la habrá prolongado tambien; pues ¿á qué esperas despues de un beneficio tan singular? ¿Que pudiendo haberte precipitado al infierno, te haya esperado el Señor con tanto amor y clemencia! ¡Oh, alábente, Dios mio, tus misericordias admirables! ¿Quién á vista de tal fineza no ha de entablar una vida santa? ¿quién no ha de llorar sus devaneos, dureza y ceguedad? ¿quién no se ha de confundir á vista de sus desacatos contra la bondad de un Dios? ¡Ea, fieles míos! aunque no hubiera cielo que esperar, aunque no hubiera infierno que temer, esa suma bondad es digna de ser amada y estimada sobre todo: ámale pues, cristiano, en lo que te reste de vida, que con este fin te la concede. Ya ves que es breve, y que, sin embargo de su brevedad, la has empleado indignamente en ofensas y maldades por seguir tus apetitos: sigue pues en adelante á Jesús; supla el resto de tu corta vida los enormes delitos de la pasada, amando á tu Dios firmemente y con todas las veras del corazon.

Pero, ¡ay Jesús! ¡ay amor mio! no está mi corazon para amaros, pues el peso de mis culpas lo detiene y acobarda: ¡tal ha sido la relajacion de mi vida, tanta la ceguedad de mi juicio tanta la rebeldía de mi corazon y mi pecho! Mas, ¡oh padre amorosísimo! ¡oh bien único de mi vida, ¡oh vida única de mi alma! ¡oh alma de mi corazon y potencias! recibid el sacrificio de mis deseos y el dolor que me traspasa. Protesto, Señor, que os amo y os quiero amar con todo mi corazon, con toda mi alma, con todas mis potencias, sentidos y facultades. Tarde lo ejecutamos, Dios mio; pero nunca es tarde para quien se arrepiente de veras; ya nos pesa con el más vivo sentimiento de haber empleado tan mal la vida; ya nos pesa con la mayor amargura de haber pecado; una y mil veces nos pesa de no haber amado á un Dios tan bueno. Vos sabeis, Señor, que es así, y que mejor que lo dice la lengua, lo siente nuestro corazon: esforzadnos pues, Dios mio, para que solo pensemos en amar á vuestra bondad infinita; esforzadnos, Señor, para que lloremos nuestros desacatos con amargura y dolor. Esta es la única gracia que os pedimos, y esta la que todos esperamos de vuestra soberana piedad.